

ga los acontecimientos. Venció á un adversario, el más temible de todos, debido á que nunca cejó, nunca se dió reposo y vigilando siempre al enemigo se decidió á observar sus movimientos sin sufrir un instante de distracción ni de desmayo; de tal suerte que siendo siempre el perseverante y el inflexible, fué también el victorioso y el jamás vencido.

Tenía un gran rival; el Partido Conservador.

Es decir, la mayoría, la fuerza del número, el poder aplastante de la imbecilidad, que pesa y anonada por ser el patrimonio de las grandes masas y el inseparable tributo de las grandes aglomeraciones humanas. Esa facción saca sus raíces de la familia, ó sea de lo que nadie puede desarraigar, y pretende elevarse hasta Dios, que no puede ser derribado. Para ser invencible se apoya en la familia, y para ser respetable invoca á Dios. Pero es para prostituir á la familia y profanar á Dios.

Sea como fuere, el Partido Conservador sabe disimular su miseria y acude á lo más alto en lo humano y á lo altísimo en lo sobrenatural y en lo divino.

Y sin embargo, Juárez ni midió sus fuerzas con las hereúleas del titán ni palideció ante la lucha. Todas las situaciones siempre lo encontraron impasible, con la serenidad del genio, que en vez de retirarlas las desafía y les sale al encuentro, soberbio, magnífico, radiante la frente por la seguridad del triunfo.

No era como los científicos del día que antes de intentar una reforma, consultan el estado de la atmósfera social y desisten si amenaza tempestad, ó se hielan y se entumescen si en el ambiente se experimenta el frío glacial de la indiferencia ó de la ignorancia.

El mérito de los redentores, de los salvadores de pueblos, está en sobreponerse al medio y corregirlo, en no asustarse con la amenaza de una sociedad idiotizada que la mano plagada de perlas de un arzobispo maneja y humilla á su antojo, con la misma facilidad conque el látigo hace andar á la bestia de carga; sino antes bien en intimidarla y desarmarla con el derroche de energías indomables y la súbita explosión de medidas augustas y terribles; ora sea el cadalso que la Revolución Francesa hizo levantar para cada déspota, y la guillotina que hizo funcionar para todos los cobardes; ora sea el exterminio que Juárez decretó para todo montón de riquezas amasado con el sudor y la sangre del pueblo.

Si Juárez, ofuscado por ese maldito horror que las grandes miserias y las grandes catástrofes sociales inspiran, se hubiera echado en brazos de moderados y conciliadores, si en vez de revelarse abiertamente contra la infame especulación del Clero, contra esa explotación pública y desvergonzada de la conciencia de los imbéciles, de los candores de los maridos y de los caudales de las beatas, hubiese hecho concesiones y hubiese vacilado en presencia de ejércitos subleados en masa, de conspiraciones sucediéndose sin cesar la una á la otra, y de multitudes amenazadoras y rugientes; á la fecha este mismo pueblo estaría presenciando los horrores de la intolerancia religiosa: hogueras levantadas quizá para los periodistas que se atreven á acusar al padre Icaza, tormentos de nuevo género para quienes con deleite hemos comentado la aventura del Padre Amado y azotes furiosamente repartidos entre los audaces que llaman imbécil y caduco y culpable al Arzobispo Alarcón.

¿Quién sabe si en este momento hubiésemos ya visto, con motivo de las Fiestas de la Paz, al Presidente Díaz comulgando en nombre y en representación de la República?

Porque todo es posible en nuestra época y bajo nuestro gobierno; en esta época de conciliación con todas las bajezas, con todas las ignominias y con todas las desvergüenzas; en que lo mismo transige el pueblo con el engaño infame de la no reelección y adula al hombre que le ha robado su fé en la república y su amor á la libertad, que transige el Jefe de Estado con la prostitución encerrada en los conventos como en letrinas, con la seducción organizada en las sacristías, á manera de trampas de que no escapará la doncella, y con la traición y el oscurantismo elevados al poder, bajo la forma de gobernadores reaccionarios, como el de Zacatecas y el de San Luis, de gobernantes traidores como el de Yucatán y de gobernantes pésimos como los de toda la República.

Hoy se transige con el Clero á sabiendas de que conspira; se apoya descaradamente á los conservadores y se les hace el honor de investirlos con cargos públicos, aunque se sepa que con solo ocupar los los deshonoran, y que permaneciendo en ellos han de fundar tarde ó temprano el concubinato oficial entre la Iglesia y el Estado, hoy, por fin, se ha fraguado una especie de armisticio que viene á romper la eterna, la sacra lucha de la